

RECUERDOS DE UNA VIDA: BUENAVENTURA IÑIGUEZ¹. Sevilla, noviembre de 1902

Jesús María Macaya

Sevilla, noviembre de 1902

Querida hermana Filomena: escribo esta carta postrado en cama desde inicios de este mes, según los médicos que me atienden será lenta mi recuperación, tengo afectada la médula espinal. A pesar de las buenas palabras, la intuición me hace pensar que quizá está próximo el final de mi vida. Ojalá pueda pasar las próximas navidades en el hogar familiar para recuperarme, aunque solo es un deseo. Han pasado mucho años desde mi última visita a Sangüesa, recuerda que fue un año antes de morir nuestro padre. Por aquellas fechas permanecías soltera y con qué desenvoltura te veía ayudando en el negocio familiar. Ahora, si Dios me da salud, conoceré a tu esposo Cesáreo, al que espero darle un abrazo y agradecerle esas cartas de ánimo que ha tenido a bien enviarme. Y como no, levantar en brazos a ese mi sobrinito e hijo vuestro José María, por la edad que tiene ya podré mantener charlas de «cura a monaguillo».

1 Buenaventura Íñiguez (Sangüesa 1840-Sevilla 1902) realizó estudios de órgano y composición en Pamplona y, tras ordenarse sacerdote en 1862, los perfeccionó en Madrid con Hilarión Eslava, de quien fue discípulo predilecto. A los 25 años ganó la plaza de organista de la catedral de Sevilla, fue un gran ejecutante y rayó a gran altura en el arte de la improvisación. Compuso numerosas obras religiosas, de gran clasicismo, tanto vocales como organísticas, y como pedagogo escribió métodos de órgano y de canto llano. Perteneció a las Academias más prestigiosas tanto nacionales como europeas.

Dentro de las horas de soledad que todo enfermo soporta, mi mente viaja por los caminos recorridos a lo largo de los 62 años que Dios -hasta este momento- ha tenido la gracia de concedérmelos, en los que he procurado serle fiel en mi vocación sacerdotal y no he creído olvidar los consejos y vida cristiana ejemplar de nuestros padres, a los que Dios tenga en su Gloria. Diferente suerte han tenido nuestros hermanos, éramos once y la mayoría han muerto, hemos de dar Gracias a Dios de su Benevolencia y más siendo yo el mayor de todos.

Los primeros recuerdos que vienen a mi memoria son aquellos recorridos que hacía diariamente a mis siete años desde casa a la parroquia de Sta. María para escuchar las primeras clases musicales de ese gran maestro que fue el Sr. Vallejos (me alegré mucho del premio que recibió en París su hijo y de los éxitos conseguidos en Madrid como consumado pianista). Por la diferencia de edad -aun no habías nacido- no tuviste que «soportar» mi práctica monótona de un principiante en el arte pianístico, en el instrumento que agradezco hayas decidido conservarlo. Tuve la suerte de volver a participar de sus enseñanzas en mis periodos vacacionales de seminarista. Mi larga actividad musical ha motivado tener al Sr Vallejos presente en mi memoria. La estancia durante la adolescencia en el colegio de los PP. Escolapios de Sos no me dejó especiales recuerdos, fueron años de aprendizaje en humanidades sin nada notorio. El ingreso en el Seminario de Tudela fue el principio de una vocación que ha sido la razón de mi vida, además de tener las primeras experiencias musicales. Allí fue el comienzo de largas ausencias del hogar familiar que no han terminado aun, por razones obvias.

Tengo un especial recuerdo en favor de D. Manuel Reta, antiguo párroco de Sta. María -que probablemente no lo conocistes -por su labor recomendatoria para mi estancia en los diferentes seminarios. ¿Recuerdas a nuestros tíos de Sos, Antono Íñiguez y esposa? Cuanto les debo por su ayuda en mi estancia en el Seminario de Jaca. Lugar donde tuve importantes oportunidades musicales como director de coro e intérprete al armonium, aunque fue allí donde aprendí a asimilar lo que supone la participación en una oposición y no conseguir el objetivo. A pesar de tus pocos años, Filomena, recordarás la alegría que reinó en nuestra casa en 1863 cuando aparecí ordenado sacerdote, después de terminada mi estancia en el Seminario de Jaca. Alegría especial de nuestros padres que veían culminada su gran ilusión: tener un hijo sacerdote. Alegría empañada por la noticia de mi marcha a continuación a Madrid para perfeccionar la formación musical, confiaban que las proposiciones que recibía para obtener una plaza de canónigo en Jaca las aceptara y poder vernos con más frecuencia. Eres sabedora de mi entusiasmo musical, no podía sacrificar la música por una prebenda eclesiástica, era mi destino. Tuve el apoyo de los señores obispos de Jaca y Pamplona en la consecución de la dispensa papal para poder ordenarme presbítero, no cumplía la edad reglamentaria para ello, mi ilusión sacerdotal y musical motivó la premura.

Empiezan a aparecer dolores en mi cuerpo que me impiden continuar escribiendo con tranquilidad, dejo esta carta para continuarla mañana, con-

fiando que la Virgen de Rocamador interceda ante el Todopoderoso y durante la noche alivie las molestias.

Ha sido una noche poco tranquila, pero los médicos han conseguido que descanse durante toda la mañana y después de una frugal comida y una corta siesta, vuelvo a reanudar la carta, carta que me llena de esperanza estos ratos de soledad y destemplanza.

He tenido un olvido: mi corta permanencia en el Seminario de Pamplona antes de ir a Jaca. Fueron de gran utilidad las clases de órgano que recibí de ese maestro de la interpretación que fue D. Damián Sanz, organista de la Catedral. Cuantas alabanzas recibí de él y cuantos ánimos me dio para continuar la actividad de organista. Por terceros me llegué a enterar que había dicho de mí: «aprendía en una lección más que otros en veinte». Dios habrá premiado la buena voluntad de este preclaro sacerdote y músico de Burgo de Osma.

Aún recuerdo la despedida llorosa que ocasioné con mi marcha a Madrid, tú con ocho años no te dabas cuenta en toda su dimensión de mi salida, pero nuestros padres, sí. Intuían que ya no iba a regresar a Sangüesa, salvo alguna visita esporádica, estaban en lo cierto. Me despedía de mis excursiones a la cuna de San Francisco Javier, de los paseos por la orilla del río cuando el sol llegaba a su declive, de las visitas de la mano de madre para visitar San Babil, de la cesta de fruta que en compañía de nuestro padre recogíamos en la huerta de nuestro buen amigo Silvestre en Pastoriza. Cómo esperábamos los niños la llegada del día de San Sebastián para vestirnos con las mejores galas en la procesión, qué recuerdo tan agradable. Nunca he olvidado a nuestra Virgen de Rocamador en su trono de ese retablo, joya del arte religioso, ante el que he actuado tantas veces en oficios religiosos.

Mi viaje a Madrid fue un viaje nostálgico, iba con cierto temor ante un mundo desconocido. Los primeros días fueron de auténticas sorpresas, una ciudad con una vida nada parecida a lo que hasta esa fecha conocía. Una ciudad con una situación política muy agitada y en algunos momentos presencié graves desórdenes públicos. Una ciudad con una vida musical, para algunos poco avanzada, pero para mí que venía de lugares casi rurales, un centro de aprendizaje y experiencias que nunca podré olvidar. Conocer y aprender de personalidades como Eslava, Jimeno, Guelbenzu, Barbieri, etc., especialmente de D. Hilarión, fue la culminación de mi formación musical.

Cómo tengo que agradecer este ilustre sacerdote que me animara y casi me obligara a opositar a la plaza de organista de la Catedral de Sevilla, cargo que me realizó como presbítero y músico. Quien iba a decirme que pulsaría las teclas del órgano de la madrileña Real Capilla de San Isidro escuchando las lecciones de ese gran organista que fue el Sr. Jimeno, además de las que recibí en el Conservatorio.

A pesar de los importantes conocimientos musicales que recibí en la capital de España, siempre he notado una laguna en mi formación, no haber

respirado otros aires musicales más allá de nuestras fronteras. Fue en Sevilla cuando me di cuenta de que a la España musical le faltaba algo, las noticias que recibía por viajeros, especialmente franceses, percibía que las corrientes musicales europeas -concretamente en el órgano- discurrían por otros caminos, la escuela italiana -donde aprendimos los músicos de mi época madrileña- no estaba en el candelero de otros países más avanzados. En mi edad madura noté que debía haber hecho las maletas cuando estaba formándome y aprender lo que París y Viena enseñaba, así lo hizo el hijo de mi maestro Vallejos. Pero él no tenía las obligaciones y el compromiso pastoral que la ordenación sacerdotal compromete a los que hemos elegido ser Pastores de la Iglesia. No obstante -querida hermana- estoy muy feliz de lo que he trabajado y de lo que he llegado a ser. Creo que he saciado los deseos e ilusiones que pusisteis en mi toda la familia.

Prueba de lo que acabo de decir fueron las noticias que recibí de nuestros padres referentes a la satisfacción que tuvieron, cuando les comuniqué la noticia de que tras reñidas oposiciones había conseguido la plaza de organista primero en la Catedral de Sevilla. Tú solo tenías diez años y quizá no percibiste la importancia de este hecho. Me contaron con qué orgullo iban diciendo a nuestras amistades que tenían un hijo «organista catedralíceo», sucesor de D. Hilarión Eslava. La satisfacción del Sr. Vallejos fue tan sentida que algunas lágrimas corrieron por sus mejillas. También me informaron -desgraciada envidia- que más de un paisano frunció el ceño al enterarse. Con amargura comprobé ese mismo año que así era. ¿Te acuerdas los sinsabores de nuestros padres, más que los míos, al rechazar ciertas personas (nunca hubiera pensado de ellos semejante disposición) la Misa que tuve a bien componer para honrar a nuestro patrón San Sebastián? Fue la primera composición de cierta envergadura que elaboraba y mi ilusión era dedicarla a nuestro Santo y a nuestra ciudad. Nunca llegué a entender que entre los que se opusieron a su interpretación estuviera un presbítero amigo y organista, a pesar de la buena disposición del Sr. Alcalde y de mi maestro Sr. Vallejos. Tal desaire me hizo olvidar la obra y ya no se cual fue su destino.

En este momento mi fiel sirviente entra en la habitación con las pastillas y «pócimas» que los galenos han recetado para que esta dichosa médula tenga a bien enderezarse y con un talante propio de un capitán de milicias me obliga a aceptarlas y a descansar hasta mañana, no sin antes escuchar las lecturas piadosas que le recomiendo me lea, desgraciadamente no tengo fuerza para hacerlo yo mismo. No hay más remedio que dejar esta epístola y proseguirla mañana, si Dios me da fuerzas.

Parece que los medicamentos han producido su efecto, me he despertado con ánimo de seguir contándote mi estancia sevillana. ¡Qué satisfacción me produjo la entrada en esta ciudad! La belleza de sus calles y plazas tan típicas; edificios evocadores de tiempos gloriosos ya pasados; una vegetación exótica y tan distinta a la de nuestra tierra; gentes con un carácter abierto que contrasta con el carácter más cerrado de Navarra. Fui muy bien acogido y enseguida conseguí mezclarme con ellos, algo que me hizo olvidar la posible soledad en la que supuse iba a entrar como consecuencia de la lejanía de mis gentes y mi tierra.

Me habían hablado de la grandiosidad de la Catedral de esta ciudad, pero hasta contemplarla de cerca y entrar en ella no pude hacerme una idea exacta de su monumentalidad. Qué riqueza atesoran sus retablos, qué joyas y objetos sagrados se guardan en sus dependencias. Nunca pude imaginar que con su órgano un sangüesino iba a llenar sus naves majestuosas con la música de los inmortales sevillanos Morales y Guerrero. Atrás quedaron mis intentos fallidos de ocupar la plaza de organista en Pamplona y en Valencia y los disgustos que tuvisteis al enteraros. Gracias a esas derrotas fue posible la victoria en esta ciudad.

No creas que todo fue albricias al llegar a Sevilla, al poco tiempo llegaron las insurrecciones militares y los temores de nuevas guerras. Hubo año que en una sublevación se llegaron a contar hasta 800 muertos, qué rigor el del general Pavía en aquel amotinamiento, dejó consternada a la ciudad. También se notaba cierto desánimo en la Curia por las medidas anticlericales que algunos gobiernos de nuestra reina Isabel y su madre se habían tomado, especialmente los agravios económicos decididos por el ministro de triste memoria, Mendizábal. También Navarra sufrió sus consecuencias y en Sangüesa lo vivisteis. Desgraciadamente -además- fuisteis testigos de las luchas internas entre los bandos de D. Carlos y los gubernamentales, que una ciudad tan pequeña los males son dobles. Al final fue nuestra parroquia de Sta. María la que tuvo que soportar los destrozos ocasionados por las tropas de ambos bandos. Me causó gran tristeza que ese órgano que tuvo a bien donar nuestro paisano y admirado Arzobispo de Burgos Dr. Rodríguez Arellano, en el que tuve la oportunidad de realizar mis prácticas musicales, acabara malparado por la ignorancia de los ocupantes en esa reyerta.

Procuré que estos hechos fratricidas influyeran lo menos posible en mi ánimo, y a Dios Gracias lo conseguí. Las horas que mi quehacer en la Curia me lo permitía, me dediqué a la composición musical y tuve suerte con algunas obras, Sevilla las aplaudió y en Madrid la casa Romero tuvo a bien editarlas, objetivo nada desdeñable. También hay que decir que económicamente escasas satisfacciones me reportaron, en este país son pocos los que pueden decir que la música, salvo la zarzuela, da magros beneficios. A lo largo de toda mi estancia en Sevilla tuve que dar muchas clases de piano a alumnas pertenecientes a la alta sociedad para poder vivir con cierta holgura, que tampoco era mucha. Nuestro hermano Angel ha podido dar fe de esto, por los años que convivimos.

Ya en Madrid pude comprobar las horas bajas que padecía la música religiosa en España, la política desamortizadora y la desidia de ciertos responsables eclesiásticos motivaron su decadencia. En Sevilla -desde mi llegada- comprobé su certeza y me propuse trabajar en beneficio de su resplandor de siglos anteriores. Nuestro Señor es merecedor de mayor dignidad en el culto y música en los templos cristianos y su Madre Santísima -especialmente en una ciudad tan mariana como Sevilla- es acreedora de nuestras mayores y mejores alabanzas. Con tal fin tuve la osadía -a pesar de mi juventud- de escribir dos tratados para el bien interpretar del órgano por parte de los responsables musicales de nuestras parroquias y catedrales, uno sobre el

Cantollano y un Método para el estudio del órgano. Por recomendación de eclesiásticos responsables de la formación de futuros sacerdotes publiqué un método para el aprendizaje de los seminaristas. Por las noticias que fui recibiendo a lo largo de los años, las recomendaciones que hice en esas publicaciones no cayeron en el olvido, espero con ello haber contribuido al mayor realce del culto divino.

No puedo dejar de reseñar la satisfacción que tuve al saludar a nuestro paisano el roncalés Julián Gayarre, cuando en la Catedral interpretó como los ángeles el Miserere de mi maestro Eslava. Estuvo en otras fechas interpretando ópera en el teatro San Fernando y por lo que me contaron, sus éxitos fueron mayores si cabe. También nos visitó ese pamplonés de reconocida fama mundial como violinista -al que no tuve la ocasión de saludarle- y en las diferentes actuaciones que tuvo, los éxitos fueron inenarrables. Cuanta gloria musical en una tierra escasa en sus dimensiones y con no muchos moradores.

Abandono momentáneamente la pluma, con alguna ayuda me incorporo y me aproximo al comedor, ha llegado el momento de la frugal comida diaria. Si mi cuerpo admite, espero seguir estas líneas esta tarde. A través de los cristales de la ventana que da a la calle, compruebo que sobre Sevilla cae una fina lluvia, lo que acrecienta la humedad reinante, ambiente poco propicio a mi salud, voy notando en mis débiles huesos el frío del invierno.

He conseguido descansar dos horas después del almuerzo, mi cuerpo ha notado este descanso y querida hermana Filomena, con cierto optimismo, prosigo mis recuerdos. Los primeros años sevillanos fueron el inicio de mi labor compositora. Con qué entusiasmo, propio de mi juventud, día y noche manchaba papeles con notas musicales con el propósito de emular a mis predecesores y maestros. Los recuerdos familiares y de amigos motivaron los primeros motetes, entre ellos los dedicados a mi amigo y compañero en el sacerdocio y que conocistes en Sta. María, Eladio Navarro, sin olvidar a nuestra hermana Pascuala. Qué alegría se llevó cuando le remití la obra con la dedicación, sus virtudes cristianas y entrega familiar le hicieron mercedora de mi obrita.

Los finales de los años setenta tienen para mi gratos recuerdos musicales. Cómo me inspiró la devoción que desde mi más tierna infancia tuve a la Virgen Santísima, inculcada por nuestros llorados padres. Fueron muy aplaudidas las obras dedicadas a conmemorar el Dogma de la Inmaculada, todo Sevilla participó en la festividad y yo aporté mis conocimientos musicales para Mayor Gloria de Nuestra Madre. La juventud sevillana, tan amante de las devociones marianas, participó de forma encomiable en realzar la fiesta y tuve una agradable sorpresa al verme obsequiado por ella con una batuta confeccionada con el primor que caracteriza a las gentes de esta tierra. También quise colaborar en la satisfacción de mis amigos sevillanos por la recuperación de un cuadro del pintor Murillo, tan querido y admirado en Sevilla, como es el dedicado a San Antonio. Mi aportación consistió en unas composiciones muy acertadas, una Misa y un Te Deum, que realzaron la

fiesta litúrgica con que se celebró su restauración y colocación en su lugar habitual de la catedral.

Llegué a conocer a María de las Mercedes -primera esposa de nuestro rey Alfonso XII- en su palacio sevillano de San Telmo de los duques de Montpensier. En todo momento me abrieron sus puertas para participar en las veladas musicales que allí se celebraban. Era una joven muy agraciada y agradable, siempre que me veía recibía su saludo cortés. Sentí mucho su pronta desaparición de esta vida, tuve a bien dedicarle una obra para piano en señal de agradecimiento.

Por las noticias que corrían en esas fechas sabrás las amarguras que nuestro Pontífice Pío IX sufría. Los movimientos políticos de Italia hacían peligrar su sede vaticana. En Sevilla había gran preocupación por el resultado, que agradidamente acabó sin grandes turbulencias. Quise compartir ese desasosiego y compuse un himno a nuestro Santo Padre, fue interpretado con feliz éxito en esta ciudad, y tuve la osadía de remitir la partitura al Vaticano, que por noticias recibidas, agradeció el Santo Padre el detalle.

Antes de terminar la década de los setenta tuve la noticia de que la Academia de Bellas Artes de San Fernando me concedía el título de miembro de la misma. Supongo que los buenos amigos sevillanos, que tan agradablemente me aceptaron, lucharon con gran interés para que me concedieran el galardón, algo que agradecí en mi corazón.

Aunque no debemos apegarnos excesivamente a las recompensas terrenales, también es cierto que ciertas alabanzas animan a seguir trabajando con mayor entusiasmo.

Si de alguna obra estoy orgulloso es del Misal y Breviario del Organista. Fueron varios años los que dediqué a la elaboración de sus seis tomos. Creo que he dejado escritas unas lecciones para los seguidores de este instrumento, basadas en mi larga experiencia, que pueden ser de gran utilidad. La escribí con el fin de dignificar la música de nuestros templos, que tanta falta hace. La dediqué a la Diputación de nuestra tierra, creo es una institución que bien puede divulgarla y especialmente en las iglesias navarras. Dile a tu apreciado esposo Cesáreo -se que tiene sus influencias- que presione a nuestras dignísimas autoridades para que la divulguen, merece la pena.

La noche se ha echado encima y voy notando cierto cansancio. María de la Concepción, la fiel ama que con tanto desvelos me ayuda a soportar estos malos momentos, me avisa que es hora del descanso. Obedezco y me retiro a mi habitación, donde suplicaré a Dios Nuestro Señor que los sufrimientos que soporto sirvan para clamar la Misericordia Divina en la otra vida.

Sigue el tiempo desapacible en el nuevo día que Dios ha tenido a bien concederme.

Parece que la Naturaleza se ha aliado con mi estado físico. No obstante

me reincorporo en el lecho, pido a María Concepción papel y pluma para continuar relatándote mis vivencias. A la vez que así lo hace, me avisa la visita de mi gran amigo y compañero en el sacerdocio el Maestro de Capilla de nuestra Catedral. Su presencia me reconforta con sus palabras de ánimo, a la vez que ha tenido a bien traerme la Sagrada Forma y comulgar en unión con Cristo.

No quiero seguir narrando estos trances, temo cansarte; prosigo con mis vivencias. En los años ochenta me llegaron noticias de esa bendita tierra en la que la orquesta pamplonesa que dirige ese gran maestro que es el profesor Maya, accedió a interpretar una obra mía dedicada a mis paisanos titulada Homenaje a los Navarros. Por la prensa me enteré que fue muy bien acogida. El árbol del arte también da sus frutos agradables.

Por esas fechas, repasando mis archivos musicales y pensando en el futuro de toda mi obra, creí conveniente depositarla a buen recaudo para que no desaparezca o caiga en manos poco adecuadas para el mantenimiento de tantos años de trabajo. Dónde mejor que en la institución para la que he dedicado toda una vida: la Iglesia. Tomé la decisión de aquella parte que considero música religiosa donarla a la Catedral de Sevilla, donde compuse casi toda ella y supo aceptarme con el máximo cariño; a la Catedral de Pamplona, en recuerdo del tiempo en que estuve formándome como sacerdote tanto en Tudela como en Pamplona y por ser la cabeza de la Iglesia navarra; y como no a mi querida parroquia de Sta. María, a la que he considerado sea depositaria de la mayor parte de la donación. Deseo comuniqués al párroco que la conserve con el mismo cariño que un hijo de la Virgen de Rocamador puede tener a su Madre y que tenga disposición de permitir interpretar sus notas a todos aquellos que lo deseen.

¿Te acuerda de la batuta de oro y plata que os enseñé en mi visita de hace unos años?

Aun la conservo y por ser de materiales tan nobles y preciados quiero se guarde en sitio seguro, y pienso dejarla en depósito junto con los ricos tesoros que mantiene la catedral de Sevilla en sus dependencias, pienso es lo más adecuado, así queda resguardada de posibles robos. Esa batuta me recuerda que los años 1887 y 1888 fueron fechas para no olvidarlas, recibí galardones que no esperaba. Primero fue el premio en El Escorial por el Te Deum que compuse con motivo del Certamen agustiniano que convocaron (me dieron la batuta que os enseñé como premio) y al año siguiente con ocasión de la Exposición de Barcelona volvieron a premiarme por toda mi trayectoria musical. Tienes que estar en la piel del galardonado para llegar a comprender la satisfacción que produce que toda una élite cultural de un país se acuerde de uno mismo, puedes dar por bien empleado todo el tiempo utilizado en emborronar partituras y más partituras. Figurar junto a mi maestro Eslava, es una consideración inmerecida.

Tanto o más fue mi satisfacción al enterarme que instituciones de tanto prestigio como la Academia de Música de Londres y el Círculo Bellini de la

ciudad italiana de Catania, se acordaban de mi persona y me nombraban miembros de ellas. Satisfacción que compartisteis todos al comunicaros la noticia. Piensa que al Círculo Bellini pertenece ese genio irrepetible de la música que es Wagner ¿se puede pedir más? A veces no puedo reprimirme y demuestro cierto orgullo, aunque es humana esta disposición, debo reconocer que se lo debo más a Dios Nuestro Señor que a mis méritos.

Quizá nunca os haya hablado de mi amistad con un gran músico y maestro el catalán Felipe Pedrell. Para vosotros probablemente sea un personaje poco conocido, pero dentro del arte musical es una eminencia, aunque tristemente en algunos ambientes poco reconocido. Para mi ha sido una guía importante en la composición y tenemos mucho puntos en común, especialmente en conservar los tesoros de nuestra música y no acudir como papanatas a fuentes más allá de nuestras fronteras. He mantenido, hasta que mis fuerzas han podido, una agradable correspondencia. Esto te lo escribo para que si teneis ocasión de poneros en contacto con él le comuniquéis mi situación, si he interrumpido mi relación epistolar no ha sido por nada achacable a mis deseos. Esta discrepancia de opiniones sobre su obra, me recuerda a la que existió por la labor realizada en el Conservatorio madrileño por el puentesino Emilio Arrieta, al que tuve la suerte conocer en mi estancia madrileña, amistad que tuve también con el paisano de tu esposo Cesáreo, el maestro Gaztambide.

Interrumpo estas letras, parece ser que dos buenos amigos vienen a visitarme, Ramón González y Eduardo del Pino. Te preguntarás quienes son y te contesto: dos sevillanos de pro con los que tuve el placer de poner música al libreto que me presentaron, una ópera con el nombre de Molok. Dirás: que es lo que pretende un hombre consagrado a la salvación de las almas escribiendo una obra tan profana. Te contesto: todos los caminos conducen a Dios. La música y el teatro aplicados con sensatez pueden darnos la satisfacción necesaria para ello, el tema que he musicado es de un contenido cristiano y esperanzador para todos los que presencien la ópera, si algún día se logra su representación.

La tarde va declinando, no se si a mi me sucede lo mismo, noto un cansancio superior a días anteriores. Las visitas que te anuncié y la del Dean de nuestra catedral (me ha traído alentadoras palabras de nuestro Sr. Arzobispo), han minado mis fuerzas. Qué triste es que las visitas de los amigos lleguen a cansar. En este momento he terminado de leer una carta esperanzadora de mi buen amigo Aquilino Amezua, entre otra cosas me recuerda que guarda con mucho cariño la obrita musical que le dediqué. Cómo hay que agradecer a este hombre por su empeño en fabricar órganos de calidad envidiable, de lo cual soy testigo. Procuraré seguir dialogando mañana, querida hermana, cuando despierte, hoy ya no puedo.

Domingo, día del Señor, el Chantre de mi Catedral ha traído la Sagrada Comunión, cuanto me reconforta compartir con el Cuerpo de Cristo mis sufrimientos. Cuanto añoro no desgranar las notas musicales en la Casa de Dios, espero hacerlo antes de morir, e interpretar alguna de esas coplas

que compuse con tanto cariño a las Hermandades de esta ciudad. Ahora se algo más del dolor y la pena que tuvieron que sufrir Cristo Crucificado y su Madre Dolorosa.

Recibo un obsequio que ha motivado algunas lágrimas, las monjitas del Monasterio de Santa Inés me envían una pequeña cestita de pastas elaboradas por sus laboriosas manos para edulcorar mis ratos penosos. Agradecen tantas y tantas partituras dedicadas a su culto y que desde hace años tuve la satisfacción de componerlas. Iglesia y órgano que siempre que he visitado y tocado el segundo me han traído recuerdos de ese gran sevillano que fue Becquer. Se que tu esposo Cesáreo guarda en su biblioteca el libro que contiene las leyendas de este poeta, es en este monasterio donde se desarrolla la de Maese Pérez. Los que hemos vivido el Romanticismo valoramos lo que fue y lo añoramos. No quiero aburrirte con estas disquisiciones y continúo con mi trayectoria -por cierto-sucedida sin grande sobresaltos.

En los últimos años del siglo pasado -como sabrás- abandoné en gran parte mi labor compositora e inicié mis desvelos en dar otro paso más en la recuperación de la música religiosa en este país tan querido. Tuve el honor de ser invitado a los Congresos que con tal motivo se celebraron en Madrid y Sevilla. No sabes que satisfacción me produjo compartir la tribuna de los discursos con genios musicales como Barbieri y Fray Eustaquio de Uriarte. Dile a Cesáreo que conocí a una figura de las letras y pensamiento de nuestra época que con tan tanto entusiasmo defiende el españolismo cristiano y tradicional, nada menos que Menéndez Pelayo. La sabiduría de este hombre es irrepetible. Tenías que ver a este humilde sangüesino rodeado, y felicitado por mis intervenciones, por tantos obispos de nuestra Iglesia y personalidades relevantes de la cultura nacional. Me acordaba del orgullo que sintieron nuestros padres cuando les narré estos acontecimientos en mi último viaje a Sangüesa. Nunca pensé que este viaje iba a ser la última vez que les abrazaba, la noticia de su muerte agravó sensiblemente mis estado psicológico y físico, siempre pensé que mientras ellos vivieran la unión de mi existencia con Sangüesa y los años de niñez y juventud aun permanecía, sin menospreciar a los hermanos tan queridos y especialmente tú Filomena, que has sabido mantener el hogar en el que vimos la primera luz todos los Íñiguez. Cada hermano ha tenido a bien -como es natural- elegir su camino lejos de la tierra, excepto tú.

Si Nuestro Señor considera oportuno concederme algo más de tiempo, antes de llamarme a su Seno, lograré ver y teclear el nuevo órgano romántico que va a sustituir al anterior -que como ya os conté- quedó destruido en el derrumbe de una parte de nuestra Seo y que también afectó al Coro majestuoso que tanto se admira. Qué consternación a nivel nacional supuso esta catástrofe, a Dios gracias, la respuesta fue magnánima El Sr. Amezua ha prometido instalarlo próximamente y como me dijo más de una vez, sería testigo privilegiado del instrumento que tanta soñaba y con tanta insistencia solicité a mis superiores.

Si logro salir de este trance, tengo in mente pedir permiso al Cabildo para recuperarme junto a vosotros y respirar los aires de la sierra de Leire y admirar su iglesia, que por las noticias que tengo ha sido recuperada al culto. Tengo que dejar la pluma, de momento, me anuncian la visita de unas alumnas de piano que a lo largo de mi estancia en Sevilla tuve el acierto de educarlas en el difícil arte de ese instrumento y a las que en agradecimiento de considerarme un maestro digno, les dedique algunas piezas para que las interpretaran. Espero continuar a lo largo de esta tarde dominical.

NOTA DEL AUTOR.- Buenaventura Íñiguez no pudo redactar el final de esta carta, al anochecer de ese día entraba en un estado pre-agónico que terminaría con su defunción un día como el 15 de noviembre de 1902. Ésta ha sido una carta que nunca se supo si la escribió, jamás se encontró en el hogar familiar de Sangüesa ni en su residencia sevillana, pero como amanuense de la misma -después de investigar su vida y obra- considero que Buenaventura tuvo siempre el deseo de redactarla como testamento biográfico para la posteridad. Creo cumplir su voluntad.

Su redactor: Jesús María Macaya